

IGLESIA Y CARIDAD

F. Riaza, S. I.

Previamente

No se trata de una exhortación a la caridad. Ni siquiera de cantar sus excelencias como virtud central de la moral cristiana. Se trata de pensar un poco sobre algunas palabras del Nuevo Testamento en que se relacionan caridad e Iglesia de Cristo. Para clarificar un poco lo que es la caridad y lo que la Iglesia. Para que la caridad no sea en primer lugar *mi* caridad, *mi* virtud mejor, la virtud de *mi* grupo, sino la virtud de la Iglesia, y la Iglesia no sea sólo la de las Encíclicas o la de los religiosos de la enseñanza, sino, también y sobre todo, la Iglesia de la caridad.

Y es necesaria la reflexión seria sobre ello. Porque se escribe y se habla mucho, muchísimo sobre la caridad de dogma afuera pero, creo yo, faltan las ideas que relacionen la caridad con las realidades de la fe.

Me refiero especialmente a nuestra caridad con Dios y con el prójimo, que es *una sola* virtud con doble objeto, pero con un mismo impulso. Y de ella se sabe poco en cuanto se deja el plano moral.

La caridad es la primera de las virtudes, bien. Lo que debe distinguir al cristiano, de acuerdo. La síntesis de toda la moral evangélica, no hay, al menos teóricamente, dificultad.

Pero, ¿nos suena igualmente a sabido el que la caridad es la plenitud de la Redención, la esencia de la vida de la Iglesia, su testimonio eficaz de que Dios nos salvó por Jesucristo?

¿Sabemos que la Iglesia es por esen-

cia el pueblo de los hombres con caridad, la depositaria de la caridad en este mundo?

¿Creemos que la caridad incluye y sustenta la fe con mayor firmeza de lo que es incluida y sustentada por ella?

¿Nos es igualmente sabido que la fe, la esperanza y las otras virtudes pasarán con el mundo presente y que el Reino de los cielos estará y está absorbido en la caridad?

No son sólo interrogaciones retóricas. En los manuales de Teología, poso de la mentalidad teológica de una época, aun no aparece la caridad con el relieve que le corresponde (1).

No es que la caridad, sobre todo si se incluye el amor de Dios y de Cristo a los hombres, no esté presente en la actual estructuración de la teología. Pero falta la reflexión ulterior que recalque explícitamente el papel que la caridad desempeña en todos los otros tratados y desarrolle en su tratado propio toda la rica problemática que encierra. El amor que el Padre por el Hijo y en el Espíritu nos ha tenido y nuestra respuesta humilde y religiosa a El y a los demás, es el eje de la teología y merece ser explicitado en cada una de sus

(1) Abrase, por ej., el t. III del manual de teología de la B. A. C., libro de texto de no pequeña difusión. En 14 págs. se estudia todo lo referente a la caridad con Dios y el Próximo. La concepción individualista de la existencia, que aun padecemos, hace que ordinariamente se enfoquen en abstracto sus relaciones con el individuo dejando en segundo plano su relación con la Iglesia en cuanto tal. Un ejemplo de ello puede ser el libro, exce-

sobrenaturales nos han devuelto el optimismo. Optimismo sobrenatural que escapa de los dos extremos: la ilusión vana y el derrotismo.

En este sentido, hemos de saludar al Congreso de Zaragoza con un voto de gracia y confianza. España entera, en pie de oración, estará en Zaragoza durante esos días solemnes del próximo septiembre. No podrá fallar nuestra plegaria. Por eso, nos sentimos crecer en esperanza.

Esperamos, principalmente, gracias del Señor, en lo particular, en lo nacional, y en lo mundial. Esperamos aumento de vida eucarística, profundización teológica, convivencias fraternas, espíritu de caridad y de obediencia. Y esperamos también consignas.

¿No sería necesario (si no queremos perder gran parte del fruto) que, como síntesis y propaganda, después de estos Congresos nacionales, quedara en pie alguna idea, algún norte hacia el que polarizar las energías espirituales y sociales de nuestro catolicismo? La experiencia enseña que las consignas que dan periódicamente los Rvdmos. Metropolitanos son acogidas con calor y apoyadas; hasta el punto de alcanzar, en alguna medida, sus objetivos, al cumplirse los plazos prefijados. ¿No cabría hacer algo por el estilo en estos Congresos Eucarísticos?

Podríamos incluso tomarnos el pulso, al cabo de cada cinco años, para hacer un examen colectivo de conciencia sobre la fidelidad a lo consignado. Esto daría ánimos para empezar cada nuevo Congreso con redoblado entusiasmo. Y para tener más claras y sintetizadas las emociones y las ideas grandes que se vivan en esos días nacionales eucarísticos, y encarnarlas en realizaciones concretas y bien determinadas.

partes. Es claro que la caridad es más difícilmente conceptuable que otras verdades cristianas, y por tanto una teología seria sobre la caridad es labor mucho más ardua. Pero el comprender a fondo su estructura y su importancia merece lo mejor de nuestra reflexión cristiana.

En el antiguo testamento

Uno de los momentos cumbres de la obra de Jeremías es el prenuncio de la nueva alianza que Yahvé va a concertar con su pueblo. Cuando ella llegue :

«Pondré mi ley en el fondo de su ser y la escribiré sobre su corazón. Entonces yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. No tendrán necesidad de instruirse mutuamente diciéndose el uno al otro: Conoced a Yahvé, sino que todos me conocerán, desde los más pequeños hasta los mayores —palabra de Yahvé— ya que voy a perdonarles sus crímenes y a no recordar más sus pecados» (Jer. 31, 31-34).

Señalaré de paso que conocer para un semita es ante todo experimentar. Y conocer a Dios significa primero experimentar los efectos de la actuación de Yahvé en favor de su pueblo (cf. Ex 7.15.17; 6,6). Después adquiere un significado preciso que toma carta de naturaleza en el lenguaje del Antiguo Testamento. Conocer a Yahvé es regir la propia vida según su voluntad (Job. 21,14), el hombre que tiene este conocimiento es el hombre lleno del santo temor de Yahvé

(Prov. 2,5; 9,10), lleno de piedad filial para con El (Oseas 6,6). Y este es el sentido del conocimiento de Dios que va a caracterizar la nueva alianza.

Los autores del Nuevo Testamento tienen conciencia de que Cristo es el realizador de esta nueva alianza (2).

Nos interesa especialmente ver cómo lo ha concebido S. Juan.

En su primera carta tiene



conciencia de la realización en la Iglesia de estos anuncios proféticos: "Sabemos también que ha venido el Hijo de Dios y nos ha dado la inteligencia, a fin de que nosotros conozcamos al Verdadero" (1 Jn 5,20). Para Juan conocer a Dios —tema importante en esta carta (3)— es experimentar su presencia por su acción en nuestra alma y vivir conforme a esa acción (4).

Y el conocimiento de Dios está para él esencialmente vinculado al amor cristiano. De aquél brota la caridad, como un afecto de la presencia de Dios

lente por otros conceptos, del P. ROYO MARIN: *Teología de la caridad*. Madrid. 1960.

A veces suele objetarse que la caridad no plantea los problemas teóricos de otros tratados, elaborados con el sudor de siglos de trabajo teológico. En un sentido esto es verdad. Pero también lo es que si la teología es el esfuerzo por comprender el dato revelado, difícilmente se podrá conseguir esto sin dar a la caridad un puesto esencial en ella. Cf. la obra de C. SPICQ: *Agapè dans le Nouveau Testament*. París 1959. Son tres vols. dedicados exclusivamente al análisis de los textos neotestamentarios sobre la caridad. Merecen transcribirse las siguientes palabras de la introducción: «*l'ἀγάπη est une notion tellement centrale dans la nouvelle Alliance, une réalité à la fois commune à Dieu, au Christ et aux hommes, ses manifestations sont tellement multiples, amples et diverses, qu'il est possible d'élaborer une théologie néotestamentaire en fonction de la charité*» t. I, p. 5.

(2) Hebr 8, 8-12; 10, 16s; 2 Cor 3,3. Hoy nos es difícil pensar hasta qué punto era viva en los apóstoles la idea de que los cristianos eran la continuación del pueblo de Dios, siguiendo la línea Abrahán, Isaac, Jacob, Moisés, pueblo fiel de Israel. La Iglesia no nace del cadáver de la Antigua Ley sino que es su perfección y cumplimiento definitivo. Esta verdad, que apenas es hoy para la mayoría algo más que una erudición teológica, era para ellos parte de su conciencia histórica. Es necesario hacer esta precisión para que, al fijarnos sólo en S. Juan, no creamos que ha sido sólo o principalmente a través de él por donde esta conciencia de ser el pueblo de Dios ha pasado a la Iglesia. Cf. L. CERFAUX: *La Iglesia en S. Pablo*. Bilbao. 1959 pp. 45-71.

(3) Cf. BOISMARD: *La connaissance dans l'Alliance nouvelle d'Après la première lettre de S. Jean*. Revue Biblique 56 (1949) 365-391.

(4) Ib. p. 388.

en el alma (5). La caridad es la manera de manifestarse el conocimiento de Dios que entreveían los profetas para los días de la alianza nueva. Esta alianza no es con un individuo, ni con una suma de ellos, sino con "su pueblo". Este nuevo pueblo de Dios, que es la Iglesia, vive del "conocimiento de Yahvé" o dicho en términos joaneos "ama a los hermanos". La caridad cristiana, especialmente en su dimensión fraterna, es para Juan una parte de la realización de la promesa de Dios de pactar una alianza nueva y definitiva con los hombres. Bajo esta perspectiva se ve toda la profundidad de la famosa frase, interpretada ordinariamente con esquemas de pensamiento ajenos a S. Juan: "El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor" (1 Jn 4,8).

Unidad de la Iglesia y caridad

En el c. 4.º de la carta a los efesios, en la que las meditaciones paulinas sobre Cristo y la Iglesia alcanzan uno de sus puntos culminantes, hay un pasaje particularmente interesante por la densidad y elevación de contenido. Es la visión de la unidad de la Iglesia no obstante su variedad. La unidad es atribuida a diversas causas: Un solo Dios Padre, un solo Señor Jesús, una sola fe, un solo bautismo, un solo Espíritu que vivifica el cuerpo de la Iglesia hacia la consecución del término a que ha sido llamada por Dios.

Hay una primera unidad debida a la fe, recibida en el bautismo, por la que los cristianos aceptamos a Jesús como Hijo de Dios. Pero esta unidad de la fe es consolidada, vivificada y consumada por la caridad (unión vital de los cristianos con Cristo y entre sí, producida en la Iglesia por el Espíritu) y

(5) Las consecuencias teológicas de esta verdad en orden a la antropología cristiana son amplias. Pero, tras anotarlo, lo dejamos para seguir fijándonos en las dimensiones profético-colectivas de la caridad.

proyectada por ella hacia los bienes futuros (6).

Todo el desarrollo teológico de este capítulo termina en una fórmula comprehensiva, "en la caridad", que recapitula todo lo anterior (7).

Pero la caridad no es sólo principio de unidad al dar cohesión a los elementos unificadores, que sin ella no completarian la unidad de este cuerpo misterioso, sino que es también principio unificador al articular en sí las diversas manifestaciones de la vida de la Iglesia.

Crecimiento de la Iglesia y caridad

La variedad de la Iglesia no es para San Pablo aquí algo que se parezca al abigarrado conjunto de razas, ritos, trajes e idiomas que fácilmente puede ocurrirnos imaginando la plaza de S. Pedro en alguna fiesta solemne. La diversidad aludida aquí es la de los diferentes oficios y la diferente medida de gracia de los cristianos .

Y al armonizarla con los factores unificantes Pablo enseña cómo funciona (mejor, cómo vive) la Iglesia en sus estratos más profundos.

Cristo dio a unos ser apóstoles, a otros profetas etc., «en orden a la perfección consumada de los santos»... «para la construcción del cuerpo de Cristo» de tal modo que «no seamos ya niños, fluctuando de acá para allá dando vueltas a todo viento de doctrina», «sino que viviendo según la verdad y en la caridad crezcamos en todos sentidos en orden a ser como El, que es nuestra Cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y trabado gracias al íntimo contacto que suministra alimento al organismo, según la actividad correspondiente a cada miembro, va obrando su propio crecimiento y va construyéndose a sí mismo en la caridad» (Eph. 4,11 . 14 . 15-16).

La caridad se concibe primero como la fuerza que va asemejando a cada cristiano a Cristo. Viviendo según la verdad y en caridad vamos asemeján-

(6) Si bien la caridad no está explícita en esta enumeración, con hablar del Espíritu, creador de la vida de la Iglesia, se ha hablado ya de la caridad, don por excelencia de El. Cf. Rom. 5, 5...

(7) Eph 4, 16 cf. Spicq, o. c. t. II, p. 233.

donos más cada vez a Cristo (8) ejemplar de la santidad cristiana (Rom 8, 29). Después en relación con el crecimiento de la Iglesia : el cuerpo de Cristo va construyéndose a sí mismo en la caridad. La caridad no sólo nos hace parecernos a Cristo, sino que es la fuerza vital del cuerpo místico, con la que este mismo cuerpo coopera a su propio crecimiento. La caridad es fruto de la Iglesia, pero es también su semilla, una fuerza que viniendo a ella de su Cabeza, Cristo, se convierte en principio ulterior de desarrollo hacia su pleno acabamiento. La caridad es el principal agente del progreso de la Iglesia.

El verdadero aumento del cuerpo de la Iglesia no consiste en la construcción debida a la doctrina, a la predicación, a la profecía, etc., sino en su propia construcción en caridad, en aumento de amor (9). Y este cometido de hacer crecer a la Iglesia que tiene la caridad no es una enseñanza aislada en San Pablo (10).

(8) La manera como se construye la frase manifiesta que esa caridad en que deben vivir los cristianos es la contraposición de las causas de inestabilidad de que ha hablado en el v. 14; la caridad es la que da madurez a la fe, impidiendo que cambie ante la última novedad de pensamiento. Cf. también Eph 3, 17. S. Pablo no concibe la fe ni la caridad como adquisiciones en bloque, inmutables, sino como fuerzas que se desarrollan en el cristiano para hacerle alcanzar el grado de semejanza a Cristo determinado por Dios Salvador. No son dos líneas paralelas sino que se condicionan mutuamente en su desarrollo expansivo. Cf. Eph 3,17; Col 2,2s; Pihl 1,9 en los que la caridad es considerada como condición, principio e impulso para el conocimiento del misterio de Dios. El análisis teológico de la fe como proceso creciente en el cristiano ha de tener a la vista estos textos.

(9) Todo el párrafo es traducción literal del comentario del cardenal CAYETANO a este lugar: *In omnes D. Pauli et aliorum App. Epistolas Commentarii*. Lugduni. 1639, p. 235.

(10) Cf. Rom. 15,2; 1 Cor. 8,2b. Una exégesis probable de la famosa sentencia de Col. 13,4: «revestíos de la caridad que es el vínculo de la perfección» repite este mismo pensamiento de Eph 4,16. La palabra griega correspondiente a «perfección» puede ser interpretada como «plenitud divina», lo que en

Vida de la Iglesia y caridad

Es conocida la doble descripción de la vida de la primitiva comunidad de Jerusalén conservada en los Hechos de los Apóstoles:

«La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma, y ninguno decía ser propia suya cosa alguna de las que poseía, sino que para ellos todo era común» (Act 4,32).

«y perservaban asiduamente en la doctrina de los apóstoles y en la comunión (unión de espíritus, solicitud por los pobres) en la fracción del pan (nuestra comunión eucarística) y en las oraciones... y todos los creyentes vivían unidos y tenían todas las cosas en común, y vendían las posesiones y los bienes, y lo repartían entre todos, según que cada cual tenía necesidad» (Act 2.42 ss).

lenguaje paulino equivale prácticamente a la Iglesia. Así podríamos interpretar esta frase diciendo: revestíos de caridad, que es la que une a los fieles de manera que formen la plenitud divina, el Cuerpo místico de Cristo. Cf. M. FRIDISCHEN: *Charité et perfection*. Symbolae Osloensis, fasc. 19 pp. 41-45. Oslo 1939, y L'Amour du prochain. Cahiers de la Vie Spirituelle pp. 137-8. París 1954. Esta interpretación, aunque posible, no tiene el apoyo de la interpretación tradicional del texto que, por otra parte, tampoco es concorde.

Pensamos en el idilio eclesial de aquellos tiempos. Pero hay que pensar también en el profundo sentido teológico que tiene. Por que fe y caridad son el eje sobre el que gira toda la predicación neotestamentaria sobre la vida de la Iglesia (11). Sin embargo hemos aprendido tan bien a disociarlas —quizá mejor, a dislocarlas— que tenemos la idea, más o menos explícita, de que lo que importa, lo que da solidez, lo que “constituye” a la Iglesia es la fe (y una fe, a veces, demasiado racionalística), y que mientras haya fe, hay Iglesia. Esta convicción quizá no sea, por desgracia, un juicio histórico-naturalista totalmente inexacto de esa realidad histórica actual que llaman Iglesia. Pero es un error completo si aspira también a ser la mirada de la fe sobre la realidad *histórico-sobrenatural* que es la Iglesia de hoy.

La caridad no es sólo el fruto de la

(11) Ya en la salutación de la 1.^a carta a los tesalonicenses, primer escrito revelado del N. T., v. 3, aparece la caridad, junto a la fe y esperanza como contenido de la vida de la Iglesia.

“LO QUE URGIA AL HOMBRE HERIDO Y CAIDO DE LA PARABOLA DEL SAMARITANO, NO ERA LA PROBLEMATICA QUE SEPARABA A LOS JUDIOS DE LOS SAMARITANOS, NO ERAN LAS MEDITACIONES METAFISICAS Y JURIDICAS DEL SACERDOTE Y DEL JURISTA QUE, A PESAR DE HABERLO VISTO, NO TUVIERON MISERICORDIA DE EL Y PASARON ADELANTE. ERA, POR EL CONTRARIO, EL ACTO CONCRETO DE MISERICORDIA QUE PODIA SANARLE LAS HERIDAS Y VOLVERLO A LA VIDA LO QUE NECESITABA. ERA EL ACTO DE MISERICORDIA DEL SAMARITANO, EL ACTO DE UN EXTRANJERO Y AUN MAS, DE UN ENEMIGO (DE UN ATEO O DE UN CASI ATEO), UN ACTO CONCRETO QUE SALVE, CONCRETAMENTE, A UN HOMBRE”.

LA PIRA

vida de la Iglesia. (En seguida pensamos que sin fruto el árbol sigue existiendo íntegramente, enraizado, vivo, con posibilidad de producir otros, que mientras estén las raíces, lo fundamental continúa). La caridad no es sólo el acabamiento, ni una perfección deseable pero que puede faltar. La caridad, en cada cristiano y en la Iglesia toda, es la "forma" de la fe, la que lleva a realización las virtualidades que en la fe están contenidas. No tenemos hoy a mano una imagen adecuada para sensibilizar lo que significaba para los medievales el que la caridad fuera "forma" de la fe. Quizá podamos decir que la caridad es el cuadro acabado y la fe su boceto a lápiz, la caridad el edificio construido y la fe los planos, la caridad en la vida de la Iglesia son las realizaciones mientras que la fe son los proyectos. La caridad da cuerpo consistencia y realidad a la vida sobrenatural incoada por la fe. Dicho en otras palabras la caridad da cuerpo, consistencia y realidad a la vida de la Iglesia.

Concebir ante todo a la Iglesia como el ámbito de la fe es creer que una empresa comercial es fundamentalmente su edificio, su contabilidad y sus bases jurídicas. Pero no los hombres que la forman. O que en el Diccionario de la Lengua está más fundamentalmente nuestro idioma que en los millones de españoles que lo hablan.

Para Pablo la unidad íntima de la Iglesia la constituye el Espíritu (Eph 4,4) del que proceden todos los carismas (12) que articulan todo el cuerpo de aquélla (13). Pero la caridad está sobre los carismas (1 Cor 12,31). Es el don por excelencia del Espíritu (14), su

(12) No entendamos carisma en el sentido de una manifestación extraordinaria, esporádica, y accidental a la vida de la Iglesia. La actuación carismática del Espíritu Santo en la Iglesia es una constante de su vida, esencial a su existencia. Cf. K. RAHNER: *Das dynamische in der Kirche*. Quaestiones Disputatae 5. Friburgo 1958 pp. 38-73.

(13) 1 Cor. 12, 4 ss., cf. Rom. 12, 6-8.

(14) Rom. 5,5; 15,30...

fruto primero (Gal. 5,22). La caridad es la gran fuerza de la Iglesia, el componente más genuino de su vida, el factor decisivo de su misterioso crecimiento (15).

La Iglesia esposa de Cristo

Ante la queja de sus discípulos de que todos se van tras Jesús, responde Juan Bautista que él se alegra de ello, que no piensen en Jesús como en un usurpador de lo ajeno. Todos deben irse tras él porque "quien tiene la esposa, es el esposo" (Jn. 3,29). Al llamar a Cristo esposo del pueblo de Dios recoge la tradición del Antiguo Testamento en que Yahvé se compara al esposo en sus relaciones con Israel (16).

Después será S. Pablo el que conciba a la comunidad de Corinto como una esposa a la que él debe llevar a Cristo: "estoy celoso de vosotros con celos de Dios, pues os desposé con un solo varón, para presentaros como casta virgen a Cristo" (2 Cor 11,2). Y en la carta a los efesios es ya la Iglesia universal la que es concebida así:

«Los varones amad a vuestras esposas como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella... a fin de hacer parecer gloriosa ante sí a la Iglesia, sin que tenga mancha, ni arruga, ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada» (17).

En el Apocalipsis vuelve a aparecer la Iglesia como la esposa radiante del Cordero:

«Y oí como una voz de turba numerosa, y como voz de muchas aguas... que decían: ¡Aleluya!... Gocémonos y regocijémonos y démosle gloria, porque llegaron las bodas del Cordero, y su esposa se atavió y le fué dado vestirse de

(15) La vida de la Iglesia está contenida, especulativamente hablando, en los tratados sobre la gracia, las virtudes y los sacramentos. En los tres el puesto de la caridad es esencial.

(16) Os 1,2. Deut 4, 24. Jer 2,2; 3,1 y 6-12. Ez cc. 16 y 23...

(17) Eph 5,25 ss. «Santa e inmaculada» son las cualidades con que Cristo adorna a su Iglesia. En Eph 1,4 estas mismas cualidades son explicadas añadiendo: en la caridad. La caridad es el contenido de esta santidad y limpieza con que se adorna la Esposa de Cristo.

finísimo lino, reluciente, nítido. Porque el lino son las obras justas de los santos» (Apoc. 19, 6-7).

«Y (vi) la santa ciudad, la nueva Jerusalén, la vi cómo descendía del cielo de junto a Dios, ataviada como la desposada que se ha engalanado para su esposo» (Apoc. 21, 2).

En esta concepción de la Iglesia hay una gran riqueza de matices. Pero es decisivo subrayar el de la respuesta en amor exclusivo al amor esponsalicio de Cristo. Es una correspondencia llena de respeto, humildad, sumisión y agradecimiento. Toda la hermosura de la Iglesia procede del Señor, al que exclusivamente ella pertenece (18).

Es la actitud de la Iglesia eterna. La vida en el cielo es la fiesta sin fin de las bodas de Cristo con la Iglesia. La alegría del amor hecha eternidad. San Pablo, aunque con menos riqueza de imagen, nos lo decía: «ahora subsisten fe, esperanza y caridad; mas la mayor de ellas es la caridad» (1 Cor. 13,13).

También tiene un significado profundo otra comparación paulina entre este mundo y el venidero (venidero para los que vivimos en esta tierra, pero que ya existe en la luz del Señor):

«Estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo se manifestare, El que es vuestra vida, entonces también vosotros seréis manifestados con El llenos de gloria» (Col. 3,3).

La caridad está ahora escondida. No obstante sus manifestaciones, no sabemos lo que es poseer en nosotros el amor de Dios. Por ello hemos de esperar la plena manifestación de Cristo para comprender su profundidad luminosa.

Es, por consiguiente, inconcebible la Iglesia sin que esté trascendida de caridad. Y es inconcebible a los ojos de los autores inspirados del Nuevo Testamento.

Una consideración final

La importancia eclesial de la caridad tiene aún más implicaciones (19).

(18) Jn 3,29; 2 Cor 11,2.

(19) Otra de ellas es su relación con la Jerarquía. Cf. Jn 21, 15 ss; Lc 22,25 y paralelos, 1 Tim 5, 12-13...

Pero sean suficientes las apuntadas: la caridad de la Iglesia se entrevé en el Antiguo Testamento como característica de las nuevas relaciones de Dios con su pueblo, la caridad consume la unidad de la Iglesia, es su factor principal de crecimiento y desarrollo, pertenece a la esencia de su vida y da el perfil a la Iglesia eterna. Estas son algunas de las ideas del Nuevo Testamento.

Junto a ellas pongamos nuestra palabra. La que brota de la experiencia de la Iglesia nuestra, con sus realidades externas, su arte, sus devociones y sus silleros ensotados. Pensando en esta realidad que somos los cristianos de hoy, sacerdotes y Jerarquías incluidos, las palabras de Juan y Pablo, quizá se nos alejan hacia lo metafísico e inoperante, si no es hacia lo utópico.

Esto quiere decir que miramos, experimentamos o juzgamos a la Iglesia con nuestra suficiencia de hombres pero que no la consideramos como objeto de fe, como un pueblo en cuya esencia hay que creer con humildad de niños, cuya verdad más profunda no es accesible a la pura conciencia histórica natural.

Porque hoy la Iglesia sigue viviendo por la caridad (si no, no sería Iglesia), sigue adquiriendo por ella su unidad y su crecimiento, sigue siendo el ámbito del amor. Adquirir el hábito de creer a la Iglesia (20), es además el camino para entender en su perspectiva verdadera lo externo, lo histórico-visible de ella.

Ella no es sólo su fecunda vida interior, ni sólo sus manifestaciones exteriores jerárquico-cultuales sino la unidad de ambas en un complejo humano-divino, lo sensible de ella como símbolo

(20) Creer no significa aquí «fiarse de» sino aceptar que la caridad es realmente constitutiva de la vida, la fuerza y la plenitud de la Iglesia de hoy, apoyados no en la propia experiencia sino en la veracidad de Dios que así lo ha afirmado por sus enviados.

y envoltura de lo trascendente, la caridad de Dios viviendo en corazones de hombres.

En el Credo, entre las frases que se dicen ya con la prisa de terminarlo, pasan, como al final de un desfile, aquellas de la santa Iglesia católica, la comunión de los santos y el perdón de los pecados. Cada vez que las repetimos estamos afirmando nuestra creencia en que la Iglesia es santa, y la esencia de la santidad es la caridad, en que es católica y la fuerza de su universalismo es

la caridad, en que hay unión de méritos entre los cristianos y esta unión está esencialmente constituida por la caridad. Creemos que hay perdón de los pecados, es decir que hay posibilidad de recuperar la caridad.

Urge que revisemos nuestras ideas sobre la Iglesia. Porque si en el centro de ellas no está la convicción de que la caridad es su componente más genuino, aun no hemos empezado a saber lo que es. Y es absurdo pretender llevar una vida consciente de miembro de una sociedad cuya esencia se ignora.

